



EL ARMISTICIO DE CIUDAD JUÁREZ Y D. VENUSTIANO CARRANZA

DURANTE aquel día, la noche y el día siguiente, procedentes del Centro, se sucedían las noticias telegráficas, ya del Presidente de la República, del Ministro de Comunicaciones, del Secretario de Hacienda, del de Justicia, o de algunos otros funcionarios públicos, comunicando noticias generalmente contradictorias, que no daban una idea definitiva de la situación; y tal parecía, que los telegramas metropolitanos venían impregnados de miedo, como si quienes los firmasen experimentaran la cobardía de la complicidad de lo que sucedía en México. Esto dió margen a que D. Venustiano Carranza mandara al Jefe de Estadística de su Gobierno, Sr. Francisco J. Mújica, a la capital de la República, con amplias instrucciones, a fin de que, desde el terreno de los hechos, le rindiera una información precisa sobre la naturaleza de los sucesos que habían despertado profunda expectación en el país.

El Sr. Mújica llevaba instrucciones terminantes para entrevistar al Presidente Madero, y el día 11 de Febrero de 1913 recibió del Sr. Carranza las indicaciones verbales siguientes:

«Quiero que vaya usted a decir al Sr. Madero que si ne-

cesita fuerzas para combatir a los sublevados de la Ciudadela, así me lo indique; pues cuento con todo el Estado de Coahuila para sostenerlo. Que si se encuentra comprometido y desea dejar la capital de la República, le ofrezco esta ciudad de Saltillo como abrigo; y que si las circunstancias de su Gobierno llegan a empeorar, haremos, para sostenerlo, una guerra como la *Guerra de Tres Años*.»

Muchas otras instrucciones dió el Gobernador coahuilense al Sr. Mújica para el mejor desempeño de su comisión. Entretanto, a mí me ordenaba publicara todos los telegramas que llegasen del Centro, con el patriótico fin de que el pueblo se fuera enterando de los acontecimientos, de la infidencia del Ejército, y para que fuera preparando su ánimo en el sentido del cumplimiento del deber, si es que se presentaba el caso fatal de consumarse un *cuartelazo*, tan comunes en nuestra historia.

Como podrá verse, hago mención especial de las instrucciones verbales dadas al Sr. Francisco J. Mújica por D. Venustiano Carranza, y destinadas al conocimiento del Presidente de la República, porque entrañan una verdadera importancia, toda vez que ponen de relieve una gran lealtad al Gobierno del Centro, y una profunda convicción en cuanto al triunfo definitivo de la causa del pueblo. El gobernante coahuilense tenía un hondo y amplio conocimiento de lo que es el cumplimiento del deber, y eso basta en la hora de las grandes resoluciones.

Para los que gustan de hacer consideraciones de aquello que no se compadece con la naturaleza de un verdadero hombre de Estado, y que son simples trivialidades que ni deshacen ni forman una reputación ante el severo criterio de la Historia, es oportuno y conveniente advertirles que D. Venustiano Carranza poco venía al Centro a confundirse con el elemento palaciego, como no fuera al arreglo de importantes asuntos de la entidad federativa que gobernaba; que no

era visto, especialmente por la familia Madero, con la misma confianza que se dispensaba a otros revolucionarios, como D. Abraham González, Manuel Bonilla, Lascuráin, Vázquez Tagle, Federico González Garza, Rafael Hernández, Ernesto Madero, Felipe Angeles y otros muchos que se suponían más hombres de acción en un momento dado. Se decía en público, a *sottovoce* en algunos corrillos, que D. Venustiano Carranza era a veces objeto de crítica por parte del Presidente Madero, sin que éste dejara de tenerle confianza y buena voluntad, no sucediendo lo mismo con la familia de dicho mandatario y con los allegados a la Presidencia, que parecían no ver con buenos ojos al futuro y grande hombre de Estado. De estas versiones no me hago solidario, porque personalmente carezco de datos concretos sobre este particular. No es inoportuno manifestar, de mi parte, que siempre experimenté gran cariño y estimación personal al apóstol Madero, y hoy me descubro respetuoso ante su memoria venerada.

Me abstengo de hacer consideraciones sobre las opiniones de que el Sr. Carranza no era visto con mucho agrado por parte de los allegados al Sr. Madero, y como circunstancia correlativa que pudiera estimarse como una base fundamental de esa creencia, me permito presentar una opinión en que se manifiesta que el Sr. Carranza contrariaba los deseos, en Ciudad Juárez, de los que rodeaban al Sr. D. Francisco I. Madero. En las siguientes líneas se pone de relieve, con caracteres precisos, la firmeza inquebrantable de carácter de D. Venustiano Carranza y la amplitud de criterio con que juzga los acontecimientos, señalando las consecuencias fatales que traen consigo las revoluciones que no se resuelven por medio de las victorias decisivas.

Dice el Sr. Rogelio Fernández Guell, en su libro titulado *Episodios de la Revolución Mexicana*:

«En la noche termina el armisticio, sin que ninguno de

los delegados del Gobierno, que parecían querer ganar tiempo, hubiera hecho proposiciones concretas por donde se pudiera colegir que el general Díaz, en realidad, anhelaba paz. Al fin, al mediodía, los Sres. Braniff, Hernández y Esquivel solicitaron una entrevista con los jefes civiles y militares de la Revolución, y el Sr. Madero accedió a que dicha entrevista se verificara esa misma tarde. Jamás olvidaré aquella memorable reunión, que se verificó en el cuarto principal y casi único de la casita de adobes y a la que asistí invitado por el propio Sr. Madero. Estaban allí los delegados del Gobierno, Oscar Braniff, Rafael Hernández y Toribio Esquivel Obregón; D. Francisco I. Madero, el doctor Fernández de Lara, Pascual Orozco, José de la Luz Blanco, Juan Sánchez Azcona, Alfonso Madero, Federico González Garza, José Vasconcelos; los gobernadores provisionales de Chihuahua, Sinaloa, Coahuila, Yucatán y Zacatecas, y el taquígrafo del jefe de la Revolución, Elías. Madero, con traje y botas de campaña, iba y venía de un lado a otro, y frecuentemente salía de la casita para dictar órdenes.

»Habló primero Braniff, y se extendió sobre el peligro de la intervención americana, la que indudablemente sobrevendría si los revolucionarios atacaban Ciudad Juárez; pues las balas lloverían también sobre El Paso, causando perjuicios a los ciudadanos del otro lado del río. Madero, alzando un pie sobre una silla y apoyándose sobre el respaldo de la misma, le interrumpió con vehemencia:

» — ¿La intervención? ¡También combatiremos a los invasores! ¿Por ventura ha de permanecer el pueblo mexicano esclavizado por déspotas, hijos de su propio suelo, por temor de que vengan tiranos extranjeros a arrebatárle una libertad de que no disfruta, y una irrisoria soberanía? Si los Estados Unidos intervienen, ustedes, y no nosotros, serán los culpables y los que habrán acarreado mal tan grande a la República, pues nosotros únicamente buscamos nuestra libertad,

en tanto que ustedes se aferran en mantener al pueblo en la esclavitud.

»Entonces Rafael Hernández, viendo que iban a fracasar las negociaciones, habló atropelladamente, con extremada vehemencia, echándose hacia atrás con su nerviosa mano sus grandes y negros cabellos:

» — Pues, ¿qué queréis, señores revolucionarios? ¿No estáis acaso satisfechos? ¿Queréis más sangre aún? ¿No basta la que ya se ha derramado? ¿No es suficiente para vosotros ver a un Gobierno ilustre y fuerte tratando con rebeldes que aún no están en posesión de una sola ciudad importante en la República?

»El gesto y las palabras de Rafael Hernández hicieron más impresión que el discurso largo y soporífero de Esquivel Obregón, y las negociaciones se reanudaron. Alguien habló de la renuncia de los Sres. Díaz y Corral y de un Gobierno mixto, en que la Revolución estaría representada por cuatro ministros y catorce gobernadores; y de improviso, un hombre como de cincuenta años, que yo no conocía y en quien apenas me había fijado, pues desde el principio de la reunión se había situado en un ángulo del local donde la luz de la lámpara no alcanzaba a iluminar, irguió su talla, mostrando su rostro de enérgicas líneas, ornado por una barba luenga y entrecana.

» — Nosotros, los verdaderos exponentes de la voluntad del pueblo mexicano — exclamó aquel hombre con voz poderosa —, no podemos aceptar las renunciaciones de los Sres. Díaz y Corral, porque implícitamente reconoceríamos la legitimidad de su Gobierno, falseando así la base del Plan de San Luis Potosí. La Revolución es de principios; la Revolución no es personalista, y si sigue al Sr. Madero, es porque enarbóla enseña de nuestros derechos; y si mañana, por desgracia, este lábaro santo cayera de su mano, otras cien manos robustas se apresurarían a recogerlo. Así, nosotros no

queremos ni ministros ni gobernadores, sino que se cumpla la soberana voluntad de la Nación. Revolución que transa, es Revolución perdida. Las grandes victorias sociales sólo se llevan a cabo por medio de las victorias decisivas. Si nosotros no aprovechamos la oportunidad de entrar en México al frente de cien mil hombres y pretendemos encauzar la reforma por la senda de una ficticia legalidad, pronto perdaremos nuestro prestigio y reaccionarán los amigos de la dictadura. Las revoluciones, para triunfar de modo definitivo, necesitan ser implacables. ¿Qué ganaremos con la retirada de los Sres. Díaz y Corral? ¡Quedarán sus amigos en el Poder, quedará el sistema corrompido que hoy combatimos; el interinato será una prolongación viciosa, anémica y estéril de la dictadura; al lado de esa rama podrida, el elemento sano de la Revolución se contaminará; sobrevendrán días de lucha y miseria para la República; el pueblo nos maldecirá, porque por un humanitarismo enfermizo, por ahorrar unas cuantas gotas de sangre culpable, habremos malogrado el fruto de tantos esfuerzos y de tanto sacrificio! ¡Lo repito: la Revolución que transa, se suicida! . . .

»¡Palabras proféticas que resonarán siempre en mis oídos, y que amargamente recordaría D. Francisco I. Madero en los días luctuosos de la Ciudadela!

»Las palabras de D. Venustiano Carranza, noble y gran figura de la Revolución de 1910, añoso y robusto roble de la Libertad, en cuyo tronco se melló más tarde el hacha del traidor, encontraron eco simpático en el corazón de los rebeldes; pero ya los ánimos estaban inclinados en el sentido de la conciliación y se convino en prolongar por tres días más el armisticio, mientras llegaba un representante del Gobierno, facultado plenamente para firmar la paz.»

Hasta aquí las palabras de Rogelio Fernández Guell, tomadas de su libro *Episodios de la Revolución Mexicana*.

Después he sabido que D. Venustiano Carranza agregó

a lo anterior, conversando con D. Francisco I. Madero, que él se separaría de ellos e iría a Coahuila a continuar la Revolución que habían principiado. Y fué esto, en realidad, lo que vino a determinar que no se admitiera el Gobierno mixto que proponían los enviados del general Díaz, contrariando grandemente esta actitud al Sr. Madero, a Hernández y a otros; pues creían que disgustando a D. Venustiano Carranza, que tenía gran prestigio en Coahuila, podría constituirse en amenaza para ellos.

Dice el insigne sociólogo francés Gustavo Le Bon que *las generaciones que hacen la Historia no saben escribirla*. Retroceder en el tiempo es necesario, para la inteligencia de los grandes dramas que hacen surgir las pasiones de los hombres. Sin equidad para los vivos, la Historia no es imparcial sino para los muertos.

El pueblo mexicano puede esperar tranquilamente la hora en que el futuro historiador de la Revolución haga justicia a los hombres y a los acontecimientos.

Las personas que desconocen la ciencia histórica, carentes, por otra parte, de disciplina mental, suelen juzgar a los hombres, en su actuación política o revolucionaria, por simples exterioridades o superficialidades; pero sin ir nunca al fondo de las cosas. Por el texto de la entrevista celebrada en Ciudad Juárez, se tiene conocimiento de cómo juzgaba cada cual la situación; de los medios que aconsejaban para resolver el conflicto; de cómo se llegó a un arreglo definitivo entre el Gobierno del general Díaz y la Revolución, y de quién fué el que consideró con verdadera clarividencia el *problema*, permitiéndose, con gran valor civil, anunciar la catástrofe. Los acontecimientos posteriores vienen a justificar la actitud de D. Venustiano Carranza en Ciudad Juárez.

Indudablemente que desde que él advirtió en la Revolución el trillado camino de las transacciones, quedó disgustado con los principales personajes del movimiento y éstos con él;

tanto es así, que si el Sr. Carranza no hubiera sido ungido con el voto popular para ocupar la Primera Magistratura del Estado de Coahuila, no hubiera sido uno de esos componentes principales de aquella Administración, tan traída y llevada por la Prensa de la época.

En una ocasión se dijo que el Gobernador de Coahuila sería llamado para el Ministerio de la Gobernación, y que hubo algunos trabajos que tendían a destruir tal llamamiento; lo cierto es que el Sr. Carranza no habría ido, manifestando una vez más su inconformidad con el modo especial de gobernar que tenía aquella masa de amigos personalísimos y parientes.

Madero tendrá eternamente el pecado de no haber sabido gobernar con los suyos, es decir, con los revolucionarios que en alguna forma coadyuvaron al derrocamiento del Dictador, para llevarlo a él a la Presidencia de la República. Prefirió generalmente gobernar con sus familiares, con los que se decían conciliados con la Revolución, con ineptos, con charlatanes, con porristas, con extranjeros y hasta con enemigos francamente abiertos como Calero y Flores Magón. Esta conducta del Sr. Madero puede atenuarla un poco su gran sencillez en los asuntos públicos; su buena fe de hombre honrado, su candorosidad de creyente en la conciliación, así como el ejemplo de todos sus antecesores; pues los Presidentes de México, y casi todos los mandatarios en el mundo, no son sino el último eslabón de la larga cadena que vienen formando los predecesores, con muy ligeras modificaciones. Pero el Sr. Carranza, no obstante el ejemplo, también se dejó rodear, y en alto grado, al designar su Gabinete y principales funcionarios públicos, de ciudadanos no revolucionarios, pertenecientes a pasadas y corrompidas administraciones, y con frecuencia pérfidos, falsos y malvados para con el mismo que los había designado, enfrentándose audazmente, cuando no a él, a los verdaderos revoluciona-

rios, y algunos hasta inodados en asuntos graves que hicieron prolongar la lucha intestina, cuyas últimas débiles convulsiones todavía sacuden a la Patria.

Los grandes jefes de la Revolución, los secretarios adscritos a la Primera Jefatura, los gobernadores preconstitucionales, los comandantes militares, y hasta los simples jueces y pequeños mandatarios, pecaron en este sentido mil veces más que el Primer Jefe; pues éstos, en una gran mayoría, inconscientes de la responsabilidad histórica, incompetentes en el desempeño de sus funciones administrativas, ignorantes de sus deberes, se veían necesariamente obligados a llamar a su lado a hombres cuya eficiencia en su labor disculpara su conducta política pasada, a reserva de encarcelarlos y procesarlos después por complicidad en el *cuartelazo* de Febrero.

Por otra parte, no hay que extrañarnos si traemos a la memoria al pundonoroso político e inteligente médico Valentín Gómez Farías, entrando de brazo al Palacio Nacional con su más grande enemigo, el funesto general Antonio López de Santa-Ana.



